

LUCIANO
LUTEREAU



ESOS



RAROS

ADOLESCENTES

NUEVOS

CON UN
ENSAYO DE
**J.-D.
NASIO**

**NARCISISTAS,
DESAFIANTES,
HIPERCONECTADOS**



booket



Luciano Lutereau

Esos raros adolescentes nuevos

Narcisistas, desafiantes, hiperconectados



Intro

SINFONÍAS PARA ADOLESCENTES

“Los analistas no podrán entender”, dice una canción de Charly García, quien alguna vez dijo que le hubiera gustado ser psicoanalista, pero se asustó. ¿Alguien se imagina a Charly García asustado? Un hombre capaz de tirarse de un balcón, el artista que tuvo el coraje de componer algunas de las canciones más emblemáticas del rock nacional.

Charly García fue uno de los ídolos de mi adolescencia. Todavía recuerdo la noche en que una amiga de aquellos años me llevó a su mítico departamento en Coronel Díaz y Santa Fe. Charly estaba algo inquieto, parecía escuchar más de lo que los demás escuchamos ordinariamente. Nos pedía que nos sentáramos en lugares específicos, como si buscara una afinación. Hace poco leí una entrevista en la que decía que las bocinas estaban afinadas en la nota Si, por eso su estridencia. Esa noche era como si hubiéramos estado todos desafinados. Charly apoyó su oreja en la espalda de las diferentes personas que estábamos en el departamento y nos decía dónde sentarnos. A mí me dijo que estaba afinado en La7; por cierto, se trata de una nota que siempre me gustó mucho. Sentí que Charly me conocía, que sabía de lo más íntimo de mí sin que yo se lo hubiese contado.

Tiempo después me pregunté qué hubiera ocurrido si Charly, con su oído absoluto, ese oído que le permite escuchar algo que los demás no escuchamos, se hubiese atrevido a ser psicoanalista. Pensé que, a su manera, lo es. Por un lado, por-

que tiene la capacidad de hacer llegar un mensaje a la sociedad, de un modo en el que solo hace falta un breve lapso para que todos repitamos sus frases. Charly, al igual que los analistas, interpreta y dice cosas que hacen pensar. Por otro lado, hay otra afinidad entre Charly y el psicoanálisis, por su particular interés en hablar a los adolescentes.¹ Los interlocutores de su música siempre serán los jóvenes, tal como lo demuestra el último disco que grabó con Sui Generis, en su regreso en el 2000: *Sinfonías para adolescentes*.

A diferencia del psicoanalista Sigmund Freud, que pensaba que era preciso ir hasta la infancia para encontrar el origen del psiquismo, el psicoanalista Charly García confía en que la adolescencia es la etapa más importante de la vida, que ese es el momento preciso en que la mente se encuentra en el estado más propicio para decidir su destino. Por mi parte, quisiera aplicar a esta disputa las palabras que alguna vez dijo Aristóteles respecto de la relación con su maestro: “Soy amigo de Platón, pero mucho más de la verdad”. En mi caso, entonces: “Soy freudiano, pero también discípulo de Charly”.

Luego de *Más crianza, menos terapia* decidí escribir un libro sobre mi práctica con adolescentes. Sin embargo, este no es un manual acerca de cómo lidiar con los jóvenes. En este punto, cabe hacer una primera distinción preliminar: la adolescencia no son los adolescentes. Si pudiera decirlo de manera paradójica, diría: la adolescencia hoy en día está en todos lados, menos (a veces) en los adolescentes. Por eso hoy se habla de adolescencia extendida –y quizás alguna vez se llegue a proponer que la adolescencia dura hasta los 70 años, dada la relativa inmadurez de los adultos en el mundo contemporáneo–, o bien algunos

1. Para conocer más afinidades entre Charly García y el psicoanálisis, recomiendo la lectura del hermoso libro del Profesor Marcelo Mazzuca: *Una voz que se hace letra. Una lectura psicoanalítica de la biografía de Charly García*.

padres de niños pequeños dicen: “Está muy adolescente”, por ejemplo, de una niña de 4 años, solo porque es respondona o desafiante.

Para ser más preciso, en el párrafo anterior, “adolescencia” significa inmadurez generalizada o precocidad rebelde, mientras que los adolescentes no son necesariamente inmaduros o rebeldes. Se trata de cuestiones distintas. De un tiempo a esta parte, por ejemplo, los adolescentes de nuestra época tienen una participación social que antes no tenían. En este sentido, en otro tiempo era preciso que los jóvenes esperasen hasta la mayoría de edad para tener una vida pública; en el nuestro, a través de las redes sociales suelen opinar y generar tendencias, ser *youtubers*, *influencers*, etc., con amplio poder de convocatoria y con la autorización de una voz que antes era inimaginable. Por eso, ya no cabe decir que los adolescentes están a la espera de ser “grandes”, porque la frontera entre las cosas de chicos y las de grandes se ha desdibujado.

Asimismo, a partir de las nuevas tecnologías la brecha generacional se volvió más amplia, pero también difusa. Estoy convencido, para el caso, de que los adultos de hoy en día tenemos serias dificultades para entender qué le pasa a un joven. Por ejemplo, en el último tiempo ha surgido el término *millennial*. Se trata de la generación que sigue a la llamada “Generación X” y se encuentra caracterizada por la hiperconexión. En términos generales, los *millennials* nacieron después de mediados de los '90 y, por ejemplo, vivieron desde niños en casas en las que hubo computadoras, o bien llegaron a la juventud con un teléfono celular en la mano. Sin duda, no es lo mismo haber nacido en un mundo que desconoció el televisor y otros objetos como el teléfono inalámbrico, que haber nacido junto a una pantalla. Incluso en mi caso, recuerdo que tuve mi primer teléfono celular a los 23 años. Lo maravilloso es que hoy la vida sin ese móvil me parece impensable... Algo parecido ocurre con las personas mayores que, con el tiempo, se fueron acercando a

Internet y las redes sociales. Hoy en día, muchas de ellas incorporaron el mail, el Facebook y hasta desarrollaron algún tipo de vicio virtual. Digo esto para enfatizar, de regreso a la cuestión de la brecha generacional, que muchas de las características que se atribuyen a los *millennials* (impulsividad, inmediatez, etc.) no son en realidad rasgos propios, sino las características que asumieron los más grandes cuando se encontraron con las tecnologías. En última instancia, los verdaderos *millennials* somos nosotros, en nuestra expectativa de vivir como los jóvenes, mientras que los jóvenes de nuestro tiempo aún son un misterio.

Podría dar otro ejemplo. Que los jóvenes de nuestro tiempo son un enigma lo demuestra también la experiencia reciente que nombra el término “poliamor”. Los adultos rápidamente queremos reconducir el modo en que los jóvenes cuestionan el amor romántico (deseo posesivo, exclusividad sexual, etc.) hacia el amor libre de los años ’60 y ’70. Sin embargo, el poliamor no tiene nada que ver con la revolución sexual de aquellos años. No es muy claro lo que este término significa aún; por un lado, remite a una crítica de la deshonestidad en la pareja, ya que se trata de no ocultar al otro que el deseo eventualmente puede tener otros destinos; por otro lado, busca explorar una forma de compromiso que no se basa en los celos y en el miedo a la traición. En fin, aquello que los jóvenes llaman hoy en día “poliamor” no se parece en nada a la promiscuidad que los adultos queremos achacarles –lo que no quita que entre los jóvenes de hoy en día haya conductas promiscuas.

Conversar con adolescentes implica dejarse guiar y no interpretar de antemano, no hacer rápidas asimilaciones ni conclusiones precipitadas. Charly tiene razón, “los analistas no podrán entender” y agrego: es bueno saberlo y por suerte es así, porque solo de esa forma es que un psicoanalista puede acompañar a un joven en su crecimiento, dejándose enseñar.

Capítulo 1

LA SEXUALIDAD

CUANDO EL CUERPO DESPIERTA

“Al fin llegó la primavera”, canta Charly García en su último disco *Random*. “Qué más quisiera que pasar la vida entera, como estudiante el día de la primavera”, dijo unos años antes Andrés Calamaro en una canción de *Honestidad brutal*. Y hay más, otras canciones que relacionan la juventud con la primavera. ¿Hay mejor manera de hablar de la adolescencia que arrancar desde la música?

Las canciones no son solo obras artísticas. Si bien es difícil entender qué le pasa a los adolescentes, quizá no haya mejor manera de acercarse a esta etapa de la vida que a través de la música. Por ejemplo, cuando apareció el rock n' roll en las décadas '40 y '50 se creyó que el mundo iba a terminar: ¿de dónde venía tanto ruido? Este género musical produjo un quiebre con adultos, similar quizás al que hoy encontramos con las nuevas tecnologías. El rock no fue simplemente un estilo, sino un modo diferente de relación con la música que implicó, por un lado, un acercamiento de la música a las capas populares y también a los jóvenes. Por otro lado, una ampliación de la frontera musical porque, a partir de entonces, se empezó a escuchar música en lugares en los que antes era impensable: hoy nos parece lo más natural del mundo entrar a un supermercado y que haya música; pasear por un shopping —en Argentina, el Shopping Sur fue el primer centro comercial, inaugurado en 1986— y que haya música; salir a correr y escuchar una selección

de las canciones que nos gustan. Sin embargo, en una época (antes de los '70) no lo fue y, para el caso, no cabe más que recordar la imagen que denunciaban los adultos en la década del '80 y los '90, la del adolescente aislado en su walkman. Hoy decimos que están aislados en la computadora o en las redes sociales. Esto demuestra que no hay que ir tan rápido, que no hay que interpretar demasiado fácilmente, porque los adultos no entendemos a los jóvenes y, por lo general, eso lleva a que tengamos juicios negativos.

Para acercarnos a la adolescencia, necesitamos la música. Por eso en este libro utilizaré varias referencias a canciones populares. Ellas son –para citar otra vez a nuestro analista de cabecera, Charly García– el “inconsciente colectivo” de la época.

Si las canciones tienen algo maravilloso es porque “despiertan” en el doble sentido: por un lado, un día una canción aparece, como si hubiera brotado de la nada y se convierte en un éxito que puede llegar hasta una cancha de fútbol; por otro lado, puede ser que pase un tiempo después de haber escuchado la canción varias veces, incluso durante años, para que en cierta ocasión, digamos: “Ah, mirá lo que dice” y así es que prestamos atención, como si fuera la primera vez, a una letra que quizá sabíamos de memoria. El efecto contrario también es conocido: puede ser incluso que repitamos hasta el cansancio una canción que no sabemos qué dice, a veces por propia voluntad (por algo existe el botón *repeat* en los equipos), pero también con la cabeza cuando decimos “se me pegó esta canción” y no nos suelta. La música y sobre todo las canciones tienen ese efecto particular, que hace de ellas algo diferente a cualquier otro tipo de arte.

Y la adolescencia ¿no es acaso un despertar, a partir de la llegada de esa primavera que es la pubertad? Puede ser que las formas de hacerlo cambien con el tiempo, que los medios de elaboración de esa energía que aflora en el cuerpo sean distintos en cada época, pero hay circunstancias que permanecen.

Sin duda nos encontramos con esos “raros jóvenes nuevos” –una vez más sigo al maestro Charly–, pero es preciso no caer en un culto a la novedad, porque lo nuevo nunca es tan nuevo cuando la pubertad implica un desafío inequívoco desde que el mundo es mundo. Dicho de otra manera, puede ser que las formas y los medios hayan cambiado, que las melodías y la armonía de hoy sean diferentes, pero los conflictos y el trabajo psíquico que es preciso realizar durante la adolescencia permanecen; es decir, el ritmo sigue siendo el mismo.

Pongamos un ejemplo. Es posible que la manera en que un varón joven hace frente al embate de la sexualidad hoy en día, sea distinto al de hace unos años. Con las redes sociales, el conflicto de vergüenza que implicaba acercarse a otro (con el fin de intimar) parece algo del pasado. No obstante, lo que la mayoría de los jóvenes cuenta es que si bien pueden ser muy desenfadados en lo virtual, en el “cara a cara” (cuerpo a cuerpo) se han vuelto mucho más vergonzosos. Por lo tanto, no es que el conflicto de vergüenza haya desaparecido, sino que se ha radicalizado, incluso porque las vías simbólicas de llegar al otro –a través de ritos de iniciación– se redujeron.

Hasta hace unos años Los auténticos decadentes cantaban en *Vení Raquel*:

*Yo la quería encarar;
ay, pero solo no me animaba;
fui hasta el café, busqué a mis amigos
y... la encaramos en barra.*

Este breve fragmento de una letra clásica de los '90 muestra el lugar que ocupó en aquel momento el grupo de pares, en los varones, como vía de acceso al otro sexo. Hoy en día las cosas han cambiado pero los conflictos aún permanecen.

Esta primera parte del libro intenta una reflexión general sobre la adolescencia, desde sus condiciones hasta su instalación efectiva. En principio, cabe aclarar que se trata de una noción muy amplia, de interés para la sociología, para la antropología y otras ciencias humanas; es decir, no se trata de un concepto estrictamente psicoanalítico, pero sí de un fenómeno concreto que se ofrece a la interpretación. En el sentido preciso del término, una interpretación no pretende ser explicativa o definitoria; no voy a dar una definición sobre qué es la adolescencia. En todo caso, apuesto a especificar las diferentes características, operaciones y el trabajo psíquico que se determinan en esta experiencia.

Digo “operaciones y trabajo psíquico” porque la adolescencia es como tal un conjunto de fenómenos ambiguos. ¿Cuáles son sus límites? ¿Cuándo empieza y cuándo termina? ¿Cómo reconocer al adolescente normal y al patológico? En efecto, en cada una de estas preguntas se trata de pseudoproblemas, pistas falsas que desestiman el carácter difuso con que el adolescente se presenta desde siempre. Incluso en nuestros días advertimos una tendencia hacia lo indefinido: pasados los treinta años, todavía nos encontramos con esos adolescentes “tardíos” que, en realidad, no hacen más que demostrar los obstáculos para la asunción de una posición adulta en el mundo contemporáneo.

Por eso, antes que un estudio cronológico o esquemático, nuestra vía de aproximación a este fenómeno inquietante —extraño e íntimo al mismo tiempo— radica en realizar lo que el filósofo Paul Ricoeur llamaba (para la exégesis textual y el método filosófico) *rayonnement étoilé*, es decir, una iluminación por destellos que ubique diferentes formas, contornos o figuras —es decir, variaciones y matices— de un sutil movimiento. Entendiendo también a estas últimas figuras del mismo modo en que lo hace Roland Barthes en un libro que nadie que converse con

adolescentes debería dejar de leer, me refiero a sus *Fragments de un discurso amoroso*:

La palabra [figuras] no debe entenderse en sentido retórico, sino más bien en sentido gimnástico o coreográfico; es de una manera mucho más viva, el gesto del cuerpo sorprendido en acción.

Me fascina la expresión “el gesto del cuerpo sorprendido en acción”. Este es el sutil movimiento de la adolescencia: un cuerpo que se despierta, que se pone en acto, que realiza diferentes gestos sorprendentes, hasta que surge el deseo.

Desde hace un tiempo se viene hablando (en medios gráficos, pero también en congresos de especialistas) de una “adolescencia perdida”. Pareciera tratarse de una cuestión de actualidad, pero ¿si la pérdida no fuera algo más que un epíteto o una calificación coyuntural? No solo la pérdida de la infancia –aspecto destacado por varios autores, ya clásicos– sino también pérdidas vinculadas con el cuerpo, en la relación con el otro y el semejante, como también con el porvenir. En lugar de pensar la adolescencia desde el terreno infértil que abandona, prefiero destacar su transición en función de la realización de un presente.

Adolescente no es solo el que deja atrás el pasado, sino quien puede destituir al futuro de su carácter idealizado y subyugante. De ahí que me oponga a las versiones vulgares de la adolescencia que la reducen a la “edad del pavo”, para poner en un primer plano la función de la “elaboración” –operador fundamental de la experiencia del psicoanálisis y de la vida, que etimológicamente retoma la idea de *laborare* (trabajo)–.

¿Cuáles son los modos que asume la elaboración de pérdidas en la adolescencia? Con los interrogantes que se desprenden para la inquietud de padres y educadores: ¿Cómo entrever el síntoma en la adolescencia? ¿Cómo hablar con un adoles-

cente? ¿De qué manera pensar la configuración de la relación vincular? Por esta vía nos adentraremos en la segunda parte del libro –que interroga las figuras típicas de los adolescentes en el siglo XXI–, para luego continuar con las perspectivas vocacionales y de consejo para padres en la tercera y cuarta parte, la construcción de conceptos para profesionales en la quinta y concluir, finalmente, en el camino que lleva a la madurez.

Voy a ser taxativo. El adolescente no es el que “vive en la luna de Valencia”, sino un ser en transición comprometido con ciertas operaciones psíquicas. Es decir, mucha de su energía psíquica está puesta en el crecimiento, en el esfuerzo de abandonar su niñez para alcanzar la madurez emocional. Aquella concepción extraviada de la adolescencia es una versión defensiva que, muchas veces, los propios adultos imponemos para reprimir el sufrimiento que se abre paso en esta etapa de la vida. En el film célebre *El amor a los veinte años* –en el que varios directores ofrecen una mirada sobre el mundo adolescente– la pantalla se ilumina con una secuencia de imágenes nostálgicas y una canción:

*Los jóvenes del mundo se enamoran
de Este a Oeste, de Norte a Sur.
Como una manzana roja muerden la vida
cuyo jugo cae de sus bocas.
Besos y dolores de cabeza,
encontrarse y partir.
Dame tu mano, toma mi corazón.
Puede terminar en alegría,
puede terminar en dolor.
Tiernos y crueles
Los sueños de los jóvenes son tantos...*

Encuentro y decepción. Ternura y crueldad. Morder y partir. En última instancia, no hay definición positiva de la adoles-

cencia, sino –como en un aforismo de Heráclito– convergencia al divergir de los opuestos. Quizá por eso la adolescencia sea también la lupa de aumento para esclarecer de la mejor manera un rasgo que trasciende un momento específico, una etapa de la vida que es el rasgo más propio del ser humano: la condición paradójica del deseo y sus eventuales contradicciones.

No es adulto quien sabe lo que quiere, quien ya no padece las paradojas y contradicciones del deseo, sino quien acepta que puede querer cosas que no sabe por qué las quiere y, sin embargo, debe decidir qué hacer. Es una imagen falsa de la adultez la que propone a una persona resuelta y segura de sí, cuando en realidad llegar a la madurez es haber alcanzado la capacidad para soportar una vida con conflictos sin desestructurarse por eso. Porque la vida es conflicto.

LA CRISIS

La palabra “crisis” es elocuente para dar cuenta de la adolescencia. Como alguna vez destacó el psicoanalista Octave Mannoni, en toda crisis hay algo decisivo.¹ Por ejemplo, en la medicina clásica se usa el término para dar cuenta del momento en que una enfermedad llega a su desenlace, es decir, cuando se decide su final (la curación o la muerte). En este sentido, la adolescencia es una instancia de crisis, ya que en su transcurso se decide una vida, se elige la vida.

Asimismo, etimológicamente la palabra “crisis” remite a la idea de juicio (*krisis*), es decir, al momento en que algo podrá juzgarse. ¿Será por eso que siempre estamos juzgando a los adolescentes y no confiamos en sus propios juicios? Tenemos

1. Para pensar la crisis adolescente también fue una influencia muy importante para mí el libro de Juan David Nasio *Cómo actuar con un adolescente difícil*, a quien le agradezco el ensayo con que inicia este libro.

miedo de que tomen sus primeras decisiones, a veces incluso dejamos de acompañarlos para tratarlos como niños a los que hay que controlar. Es sabido lo que a veces ocurre si los adultos están muy encima de los jóvenes. Recuerdo el caso de una madre que en consulta me decía que su hijo (14 años) ya iba por el tercer celular perdido en apenas dos meses. En el curso de la entrevista ella me contó el modo en que su hijo debía, al llegar a un lugar, escribirle un mensaje. Al salir, enviarle otro y así. De más está decir que perder teléfonos era la manera sintomática en que este joven le hacía llegar a su madre el mensaje de lo agobiado que estaba.

No hay manera de acompañar a un joven en su crecimiento sin angustia. Ser un adulto junto a un joven no es ser un modelo al que aquel debe identificarse, sino alguien puesto en cuestión no solo desde los ideales sino también en los temores. Porque hay un dato cierto: si hemos criado a nuestros hijos en un clima de confianza, la respuesta que nos den puede ser que no nos guste, pero no será contra nosotros. Lo fundamental en estos casos es evitar que el joven se ponga en contra y para eso es capital aceptar su diferencia constitutiva. Por supuesto, aceptar la diferencia no quiere decir ser iguales, sino asumir que hay cosas que no podremos entender, porque nuestro mundo es diferente al suyo.

Hace poco unos padres me decían estar preocupados porque su hijo (16 años) quería tatuarse. Para aquellos que hoy tienen entre 40 y 50 años, el tatuaje está asociado a un imaginario específico: delincuencia, drogas, marginalidad, potencial contagio, etcétera, con el correlativo temor de que el tatuaje implique consecuencias a futuro, como en el caso de estos padres: “¿Cómo va a conseguir trabajo si va con el brazo tatuado a una entrevista?”. En un caso así no alcanza con decirle a los padres que el tatuaje ya no ocupa en la vida social el mismo lugar; hoy en día se ha vuelto algo aceptado, incluso los famosos se caracterizan por ostentar sus diseños (a veces hasta en todo el

cuerpo) y es un signo de estatus antes que una forma de exclusión. Digo que no alcanza, porque de todas formas el problema se reproduce: “Yo no quiero que mi hijo se arruine el cuerpo”, dijo la madre. En este punto, no se trata de convencerla de lo contrario, sino de ubicar la relación que un adulto establece con el cuerpo de un joven, que ya no es el cuerpo de un niño y que, por cierto, en poco tiempo podrá hacer lo que guste sin autorización explícita. Dicho de otra manera, el trabajo terapéutico consiste más bien en evitar la penosa situación de que el joven un día llegue tatuado a la casa; es decir, evitar que caiga la palabra como puente de lazo entre adultos y jóvenes.

¿Quiere decir esto que hay que negociar con los jóvenes? En absoluto. A veces me sorprende cómo el vocabulario empresarial inundó el ámbito de las interacciones humanas. Se habla de “gestionar” tiempo, “capitalizar” intereses comunes, como si las personas fuésemos empresas que pueden fusionarse o CEOs de una vida compartida con otros. Por el contrario, cuando hablo de “evitar que caiga la palabra”, me refiero a que la palabra no es solo un vehículo de comunicación, para que cada uno diga lo que quiera, sino que la palabra es abrirse también a escuchar algo distinto, a que sea un poder transformador que nos haga pensar algo diferente. Por eso muchas veces las personas que se enojan no quieren hablar, porque enojarse es una manera fácil y cómoda de romper con la palabra. Siempre digo a los padres de adolescentes: “Ustedes no pueden enojarse y si se enojan (porque es inevitable a veces), es importante que no permanezcan en esa actitud”, porque el enojo es la manera más infantil de reaccionar a un conflicto. Entonces, les pido que no abandonen su lugar de padres que, además, son adultos; es decir, que no renuncien a la palabra en momentos de crisis para que, justamente, se llegue a una decisión que los incluya en la deliberación. A los adultos no les gusta decidir solos las cosas, siempre necesitan interlocutores y, por lo tanto, no hay que dejar ese espacio vacante.

Como dije más arriba, adolescente es quien descubre el carácter paradójico del deseo. El adolescente quiere ser reconocido como grande pero nada lo infantiliza más que esa expectativa de reconocimiento. Por un lado quiere ser grande pero, por otro, busca a un grande que lo autorice a serlo; entonces, a veces no tiene más remedio que buscar la provocación y el desafío para destituir esa autoridad que él mismo puso como condición de su crecimiento. Este punto de llegada, sin embargo, no es obligatorio si el adulto puede recurrir al poder de la palabra, para que sea la palabra la que autorice, en lugar del adulto quedar ubicado en el lugar de ser quien da permiso. No porque no haya que dar permiso, sino porque se puede autorizar sin que sea el adulto quien se ubique como condición de lo autorizado (“Vas a la fiesta porque yo te dejo”) para que sea la palabra asumida la que permita (“Al escucharte descubro que estás en condiciones de ir a una fiesta y tener los cuidados correspondientes”). Nadie puede dar permiso para ser grande, esto es una trampa que, si no es considerada, puede llevar a que el vínculo entre un adolescente y sus padres permanezca fijado en una relación infantil.

Agrego un segundo sentido para la palabra “crisis” –de acuerdo también con Octave Mannoni– y me interesa destacar que indica un estado agudo, como cuando se habla de una crisis de nervios. En este sentido, hay una crisis propia de la adolescencia porque esta es también la etapa de la vida en que se desencadenan muchas patologías que, hasta entonces, habían permanecido en estado latente. No solo psíquicas, sino también orgánicas –más adelante hablaremos sobre eso–. Y, en función de establecer momentos en los que cabe consultar con un terapeuta, hacia el final del libro propondré un capítulo específico.

Está en nosotros, los adultos, no pasar de un sentido a otro de la palabra “crisis”, esto es, que la preparación para una decisión que será novedosa no se transforme en un proceso patológico; o para decirlo de otra manera, que la crisis propia y

natural de la adolescencia no se convierta en una adolescencia en crisis, para que el adolescente pueda, en algún momento, dejar de ser tal. Cuando esto no ocurre, la adolescencia se fija como forma de vida y se prolonga más de lo necesario. Entre una cosa y otra, se trata del valor de la palabra. No por nada hemos jugado con las palabras y diferentes sentidos a lo largo de este capítulo, porque las palabras pueden ser solo palabras, pero sus efectos son reales.

**Llegar a la madurez es haber alcanzado
la capacidad para soportar una vida con
conflictos sin desestructurarse por eso.
Porque la vida es conflicto.**